

A cinco duros la partida

Rubén Álvarez Blanco

A cinco duros la partida
© Rubén Álvarez Blanco

Imprime: HiFer A.G., Oviedo. www.hifer.com

I.S.B.N.: 978-84-18289-60-6
Dep. Legal: AS-00027-2021

Impreso en España



www.elsastredeloslibros.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

Prólogo

Con motivo de la reciente alarma provocada por el Covid-19 en nuestro país y el resto del mundo, he decidido escribir esta historia antes de caer en el aburrimiento absoluto. El confinamiento obligatorio al que hemos sido sometidos ha despertado en mí las ganas de contar lo que a continuación se dispone a leer. Es mi primer libro así que, como no soy escritor, espero que no les resulte aburrido y disfruten tanto como yo he disfrutado escribiéndolo.

Tengo que advertirle que, si es usted creyente o un miembro en activo de la religión católica, debe tomarse esta historia con humor y sabiendo que ni los personajes que en ella salen, ni sus aventuras son reales.

Todo parecido con la realidad es pura coincidencia. No piensen que les engaño, mi imaginación no tiene límites.

Habiendo advertido a los lectores sensibles de las posibles heridas, doy las gracias a quienes tengan a bien perderse un rato en esta historia.

Antes de comenzar y para salvaguardar la identidad de sus protagonistas, he de decir que he utilizado nombres ficticios en este relato. No tengo muy claro que los delitos que se cuentan a continuación hayan prescrito, por lo menos para el clero.

Corría el año 1986 cuando, en un pequeño pueblo asturiano, Toñín se preparaba para ir a misa aquel domingo de julio.

— Mama, ¿calcetines blancos con zapatos negros y pantalón corto?

— Sí, para ir a misa hay que ir curioso. Le decía.

El «outfit» que había elegido aquella madre era el que utilizaban muchas madres para presentar a sus hijos ante Dios, «curiosos».

— ¿No puedo ir de playeros, mama?

— ¡Cómo vas a ir de playeros a misa...! Le contestaba meneando la cabeza.

El concepto «arreglado pero informal» todavía no había calado en la mentalidad de aquella época, o por lo menos de aquella madre. La madre de Toñín era una madre asturiana de corte clásico que quería hacer de su hijo un hombre de bien. Quería orientar a su vástago por el buen camino

y consideraba esencial para la educación de este, la ayuda de la religión católica.

Como todos los domingos Toñín y su madre salían de casa con destino: la casa de Dios. Una pequeña capilla, o no tan pequeña, allí entraban unas doscientas almas (alma arriba, alma abajo) vestidos con sus mejores atuendos.

Los domingos eran para ir a misa y a tomar el vermú, ellos iban a misa y el padre de familia iba al bar del pueblo a tomar unos Gin kases. Aquél era el primer mandamiento que había aprendido Toñín.

Su padre era un buen hombre, tenía un buen trabajo en la siderurgia que le permitía mantener a su familia y, a parte, cultivaba toda clase de frutas y hortalizas en el huerto familiar en sus ratos libres. No tenía más aficiones que no fuesen aquel huerto, cuidar de cinco gallinas y tres conejos y los domingos, mientras su mujer y su hijo iban a misa, acercarse al bar del pueblo a apretarse unas copas antes de comer. Pero volvamos otra vez con Toñín; ya estaban él y su madre llegando a la capilla cuando...

— Toñín, ¡hoy voy a ser el monaguillo! Soltó su amigo Nel sin ni siquiera saludar primero.

— ¡Calla ho!, ¿y vas vestite como el cura? Preguntó Toñín intrigado.

— Noooo, como el cura no. Como el Sporting, de rojiblanco.

Aquellas palabras entraron en los oídos de Toñín, golpearon el martillo, el yunque y el estribo y llegaron rápidamente al cerebro. Toñín ya no quería ser veterinario, ahora aspiraba a algo más grande cuya indumentaria coincidía con los colores de su equipo del alma, ahora Toñín quería ser: MONAGUILLO.

— ¡Mama! Porque Toñín llamaba a su madre «mama», como llaman los ginecólogos a los pechos femeninos cuando tienen que a oscultarlos, ¿puedo ser yo también monaguillo?

— Claro hijo, pero tienes que hablar primero con el cura.

El cura de la parroquia era un hombre de baja estatura, complexión delgada y unas orejas que para el tamaño de su cabeza más bien le iban grandes. Era como si le hubiesen robado las orejas al Mr Potato y se las hubiesen pegado a un Playmobil.

Salvo este defecto estético, aquel pequeño cura era un buen hombre. Se las arreglaba para dar misa por todos los pueblos de la parroquia él solo

y para ello contaba solamente con la ayuda de su Vespa.

Aquella moto era de aquellas que llevaban antes los paisanos, con unos protectores de cuero para las manos y una especie de manta (también de cuero) que protegía las piernas y el tronco. No faltaba tampoco la cúpula (de plástico o cristal) en la parte frontal, que hacía de cortavientos. El casco era el que se utilizaba por aquel entonces: cubría la cabeza y dejaba al descubierto el mentón.

Llegaba aquel pequeño cura en aquel vehículo motorizado al campo sacro como si del mismísimo «Papa di Roma» se tratase, papamóvil incluido. Todos los allí presentes contemplaban la llegada a la capilla del cura y su Vespa.

— ¡Don Antolín, quiero ser monaguillo! Le dijo Toñín, antes de que éste descabalgase su montura.

Toñín llamaba tanto al cura, como al maestro, como al médico, siempre con el Don delante porque su madre se lo había repetido un millar de veces: «Hay que tratar a la gente mayor de usted y con el Don delante». No tenía muy claro aun lo que significaba aquello del «Don» pero él cumplía órdenes. «Don Antolín», «Don Paco», «Don Perignon»...No, a ese «Don» no había llegado de mo-

mento, pero a todo aquel con pelo blanco que se cruzaba en su camino le ponía aquella distinción que su madre le había dicho.

— Hombre Toñín, buenos días, ¿Así que quieres ser monaguillo...?, dijo el cura mientras se quitaba el casco y dejaba aflorar aquellas impresionantes captadoras de sonido.

— Sí, monaguillo del Sporting. Dijo él.

— ¿Monaguillo del Sporting? Preguntó el cura sin entender lo que aquél pequeño había querido decir.

— Síiiii, quiero vestirme de rojiblanco.

El cura soltó una carcajada y le dio una respuesta que no esperaba escuchar.

— Como Quini entonces, que también fue monaguillo...

¿Quini monaguillo? Si a Toñín le quedaba alguna duda sobre su futuro como «padawan» del clérigo, con aquella respuesta se le habían disipado todas de golpe.

— Habla con Nel y que te explique. Estate atento a la misa de hoy y fíjate como lo hace. Tú eres listo, ya verás que pronto aprendes.

Toñín pasó aquella mañana de domingo observando atentamente cómo su amigo ejercía de asistente de aquel pequeño cura durante la misa.

Grabó en su retina cada gesto, cada movimiento, quería ser monaguillo más pronto que tarde.

Acabada la misa, Nel llamó a su amigo y aprendiz desde la puerta de la sacristía.

— ¡Shhhh, Toñín ven!

Entró en aquella dependencia haciendo caso a su amigo. Era un sitio no muy grande pero lo suficiente para albergar un armario ropero, una mesa con dos sillas, una especie de caja fuerte donde el cura guardaba el cáliz y otros objetos de valor y una repisa en la que había un giradiscos a través del cual ponían villancicos en fiestas navideñas.

— Ven, que voy a quitar esto. Señalaba Nel su vestimenta. En aquel armario guardamos los trajes y las hostias que reparte el cura en misa.

¿Que el cura repartía ostias en misa? Se preguntaba Toñín.

— Pues yo no vi que soltara ninguna... Dijo inocentemente.

— No hombre, de esas no, las de comer. Son como pan y se deshacen en la boca. ¿Quiés una?

— Venga anda. Asintió desconfiando. Sabía cómo se las gastaba a veces su amigo y esperaba una hostia, lo que no tenía claro era por donde le iba a caer.

— Toma, no la mastiques, tú ponla en la lengua y deja que se deshaga.

Aquella oblea era añeja, de las que pasaba una semana, en el mejor de los casos, recluida en aquella caja de latón hasta que cogía aire. Era un pan sin sal aplastado y de forma circular que no sabía a nada, bueno corrijó, aquella hostia sabía a hostias. Una mezcla de moho y culo de abuela con un toque de incienso. Pero para Toñín, lo que había probado hasta el mismísimo Quini, no podía ser malo.

— ¡Ta rica! Dijo por lo bajo.

— Si quies otra..., pero rápido antes de que venga el cura.

— No no, tranquilo. Quedé bien. Respondió dejando claro que con una ya había tenido suficiente.

— Vete hasta la puerta y mira a ver si viene el cura.

Toñín, haciendo caso a su amigo, controlaba las coordenadas del pequeño sacerdote.

— Nah, está hablando con mi madre. Va pa largo.

Sabía que su madre había ofrecido una misa por un familiar difunto y que seguramente estaría cerrando la operación con Don Antolín.

Glu, glu, glu...

— ¿Qué haces? Preguntó Toñín.

— ¡Calla y vigila!

Su amigo lo había contratado de guardia jurado para poder beber el Moscatel de misa antes de que el cura lo guardase bajo llave.

— ¿Qué-y bebes el vino al cura?

— Ta muy rico, ¿quies un poco?

— No me deja mi madre, eso ye de mayores.

— ¡Calla bobo!, ¿ves aquí a tu madre? Ven, que vigilo yo mientras.

— No me sentará mal, ¿no?

— ¡Qué va!, si sabe dulcín, ta cojonudo. No me seas gallina...

— ¿Gallina?, ¡a mí nadie me llama gallina! Contestaba recordando a Marty Mc Fly en Regreso al futuro.

Glu, glu, glu...

— ¡Oye tú!, pues gústame.

Aquel vinagre dulce con alcohol había entrado cuál almíbar en el gznate de aquel inocente niño.

— ¡Agua, agua! Alertó Nel desde la puerta, ¡Tapa la botella y déjala en la mesa, rápido!

Toñín colocó el tapón lo más rápido que pudo y posó la botella en la mesa.

— Bueno, bueno, bueno... ¿Así que quieres ser monaguillo...? Entró diciendo el cura.

— Sí, Nel ya me estaba enseñando un poco esto. Contestó Toñín ya no tan inocentemente, claro, ya había probado el alcohol, ya era un poco más «paisanu».

— Y qué, ¿te gusta esto?

— Sí, está bien.

— Muy bien, hay que venir a misa y también rezar en casa. Un cristiano lo es dentro y fuera de la casa de Dios.

— Sí, ya lo hago. Me obliga mi madre a rezar todas las noches el «Padre Nuestro» y el «Ave María».

— Pues muy bien, haz caso a tu madre que ella siempre te va a dar buenos consejos.

— Sí, Don Antolín.

— Bueno niños, nos vemos el domingo que viene. Me tengo que ir ya, que tengo que dar otra misa y ya voy justo.

Concluía así la primera «master class» que había recibido Toñín de manos de su amigo y junto a sus respectivas madres, abandonaban las instalaciones católicas para ir en busca de sus padres.

La distancia que separaba la capilla del bar del pueblo era la suficiente para que los dos niños

diesen quince o veinte patadas a las piedras que iban encontrando, mientras sus madres hablaban de sus cosas. Daba tiempo a romper la puntera de aquellos zapatos acharolados que Toñín odiaba tanto y, cuando su madre no miraba, chutaba con fuerza las piedras más afiladas que encontraba.

— ¡Papa! Porque Toñín llamaba a su padre «papa», como llaman los andaluces a tan populares tubérculos.

— Hombre hijo, ¿qué tal en misa?

— Bien, ¡voy a ser monaguillo!

— ¿Quieres un zumo? Preguntaba el padre, obviando por completo las pretensiones eclesiásticas de su hijo. Y sin dejarlo responder...

— ¡Falo!, ponme un «Fruco» pal guah.e y unes patatites, anda. Y pa la muyer un mosto. Y ponme a mí otro Gin kas, que este ya ta caliente.

En aquel bar el único que estaba caliente era el padre de Toñín. Bueno, el de Toñín, el de Nel, el de Angelín y todos los padres que se encontraban en aquel chigre. No bebían, abrevaban.

Falo, el camarero, llamó directamente a la madre del pequeño y le entregó el mosto, el Fruco y las patatitas y la mujer salió con su hijo a la terraza del bar para aprovechar los rayos de sol que

aquella mañana de julio salpicaban el pequeño pueblo.

— Nel, dile a tu padre que habrá que ir pensando en ir a comer.

— No, si nosotros también... Tomamos esto y marchamos. Decía la de Toñín.

Ya llevaban cada una tres mostos cuando la madre de Toñín lo llamó para que hiciera de mensajero.

— ¡Ven acá!, dile a tu padre que si quiere quedar aquí a comer, que quede. Pero tú y yo marchamos pa casa.

Entró aquel niño en el bar haciendo caso a su madre y transmitió a su padre el mensaje que esta le había dado.

— Venga anda, vamos que todavía nos deja sin comer. Dijo su padre con resignación.

— ¡Bueno pin, el menda lerenda se va! Soltaba éste mientras se alejaba camino de la puerta.

— ¡Calla ho, toma otra, la última! Dijo algún padre desde la barra.

— Otro día. Voy comer y ver el Tour, que hoy ye la etapa reina.

Ninguno de aquellos padres quería ser el primero en pronunciar aquellas palabras de despedida y cierre del vermú dominical, eso sí, cuando

lo hacía uno, los otros detrás. Era una especie de competición entre padres por ver quién era el más osado en llevar la contraria a sus mujeres. Ellas querían ir a comer y ellos querían seguir de copeteo, y aquel juego lo jugaban cada domingo, como el fútbol.

Pasó la semana y llegó de nuevo el día del señor. El protocolo era el mismo: Toñín y su madre a misa y el padre a predicar al bar. Pero este domingo era diferente, era el debut de Toñín como asistente y el niño no podía disimular el nerviosismo que sentía al presentarse en misa vestido de largo.

— Mama, péiname curioso, que hoy debuto.

— ¿Qué sales de titular? Preguntó su madre con una sonrisa de medio lao.

— Hoy somos Nel y yo los monaguillos. Péiname bien, pero de raya al medio no, que parezco Alfalfa el de la Pandilla.

— Vaaaale, ¿así está bien?

— Sí, échame un poco colonia, ¡Pero de esa noooo, Nenuco ye de bebés!

— ¿Qué quies que te eche, Brummel de tu padre?

— Vale, échame Nenuco. Pero cómprame una que sea pa niños cuando vayas al economato.

Y allí iba Toñín camino de misa como si fuera a debutar en el Molinón contra el Real Madrid: zapato de charol negro, calcetín blanco, pantalón corto, flequillo engominao y bañado en Nenuco. Iba como un cromo, de «PANINI».

Al llegar a la explanada de la capilla ya estaban esperándole Nel y Ángel «el de casa 1 Coxu». A Ángel lo llamaban Gelín «el Coxín» sus amigos por aquello del mote de la casa familiar.

— ¿Vas de estrenu, Toñín? le dijo este cuando lo vio llegar tan curioso.

— No, ye la ropa los domingos. Lo que pasa que peinóme mi madre diferente.

— Será eso... Le iba diciendo Gelín mientras lo miraba de arriba abajo.

En ese momento Nel lo cogió del brazo y tiró de él encaminándolo hacia la sacristía.

— Ven, vamos a cambiarnos.

Abrió el armario y descolgó un traje para su amigo.

— A ver si te vale este, pruébalo.

— Este quedame grande, písolu al caminar.

— Entos este, que ye más corto.

Ya estaban los dos perfectamente uniformados cuando entró el cura.

— Buenos días niños, ir preparándolo todo que tengo que hablar con la madre de Ángel un momento antes de empezar la misa.

Los niños asintieron al mismo tiempo a las órdenes del cura y fueron sacando todo lo necesario para la celebración.

— Saca las hostias y ponlas ahí, en ese plato pequeño de plata. Ordenaba Nel.

— ¿Cuántas saco?

— Que sobren, 80 o 90...

— Pero ¿Cuántos somos en misa?

— No sé, 20 o 30...

Toñín hacía lo que Nel le iba mandando sin darle muchas vueltas ni poner en tela de juicio la profesionalidad de su buen amigo. Era más veterano que él en aquellos menesteres y no tenía por qué dudar de su trabajo.

Ya lo tenían casi todo preparado cuando, de nuevo, llegó el cura a la sacristía

— Bueno niños, ahora sí. Vamos a empezar la misa.

El miedo escénico se apoderó momentáneamente del pequeño debutante, pero Nel, viendo sus dudas, lo cogió por el hombro y tiró de él hasta sus puestos detrás del altar.

«Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para escuchar la palabra del evangelio...»

La función había comenzado y todos los presentes miraban al mismo: a Toñín, al debutante. De nuevo el miedo escénico volvió al pequeño monaguillo.

«Señor ten piedad, Cristo ten piedad...»

Cantaba aquel pequeño cura acapella desde el altar y rezaba Toñín porque así fuese.

«Lectura del apóstol San Pablo a los corintios...»

¡Salvado por la campana! Se había sentado todo el mundo y él también, permitiendo así tener un poco más de intimidad tras el mantel del altar y la toga del religioso. Ya no estaba tan expuesto a las miradas de aquel público y recuperaba poco a poco la tranquilidad cuando, desde el otro lado del altar, su amigo Nel le hacía señas reclamando su atención.

— ¿Qué pasa? preguntó susurrando.

— Mira Don Antolín.

— ¿Qué le pasa?

— Mira las orejas. Dijo Nel llevándose las manos a las suyas a modo de trompetilla.

Cuando Toñín alzó la mirada y vio aquellas protuberancias del clérigo iluminadas de un color rojizo, fruto de la luz de los cirios que adornaban el altar, el poco miedo que le quedaba se esfumó. Aquella imagen sólo podía ser obra de Dios para ayudarlo en su debut y sin querer se le escapó la risa.

— Jajajaja.

El cura ni la escuchó, o si la escuchó, cosa más que probable dado el tamaño de su sentido, hizo oídos sordos y continuó con el sermón. No pasó desapercibida para las gemelas Valdés, que habían visto los gestos de Nel y habían captado perfectamente el mensaje cruzado entre aquellos ayudantes. Por desgracia para Toñín, había otra persona que también lo había captado: su madre. Y desde el banco de aquella pequeña capilla, hacía leguaje de signos, a su manera, para advertirle de lo que le esperaba después de misa.

«Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo...»